



XV Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2013

**PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO EN EL
PUEBLO DE GRISEL:**

Relato premiado: *“El guardián de La Diezma”*.

Autor / a: Manuel Pozo Gómez. Madrid.

EL GUARDIÁN DE LA DIEZMA

La primera vez que lo vi estaba sentado en una roca, en una curva del camino que va de Tarazona al Moncayo, a media ladera del monte que llaman la Diezma. Su saludo sonó limpio, con una voz tan grave y apolillada que uno se convencía de inmediato de que el hombre pertenecía a aquellas montañas. Sus manos fuertes y grandes, agrietadas y ennegrecidas, apretaban con energía su cayado, cuya punta clavaba con nervio en el suelo según hablaba, como si con ello quisiera dar más fuerza a lo que decía. Mientras hablábamos dibujó dos figuras en el suelo, un toro que miraba hacia la derecha y otro enfrentado al primero que miraba hacia la izquierda, con algunos signos en el interior de cada figura. En aquel momento yo no sabía lo que aquellas figuras significaban, ni tampoco sospechaba que iban a ser tan decisivas en mi vida.

Yo estaba de vacaciones en el pueblo de mis padres. Me gustaba hacer excursiones por los alrededores, salir a caminar temprano, a una hora en la que todavía no hiciera mucho calor. Dicen que antes toda la zona estaba cubierta por un extraordinario bosque de encinas que, además de dar sombra, ayudaba a que la imaginación se disparase en la búsqueda de seres imaginarios; pero de eso debe hacer

muchos años, ahora no quedan más que arbustos bajos, ontinas, aliagas y coscojos que no consiguen dar color al paisaje y que bajo el sol tortuoso de agosto hacen la marcha insufrible y, por supuesto, no hace falta decirlo, tampoco quedan seres imaginarios.

Pero cualquiera que hubiera visto a aquel hombre habría podido pensar que se trataba precisamente de un ser imaginario. A mí me pareció que debía llevar toda la vida viviendo a la sombra del Moncayo. Tenía las manos cuarteadas, el rostro muy curtido y un pelo blanco y abundante. Cuando se puso en pie comprobé que era algo más alto que yo, de espaldas anchas y muy ágil, sin la pesadez que tienen los mayores para ponerse en pie. Y sobre todo comprobé que tenía una mirada transparente, con unos ojos claros que no dejaban adivinar su edad.

Me acompañó durante un trecho del camino. Era un hombre agradable, al que se le daba mejor escuchar que hablar. Le conté que me gustaba subir a la Diezma para ver el Moncayo, porque desde el pueblo no se puede ver, aunque de alguna manera se presiente su cercanía, como si el aire frío trajese el contacto con la nieve cuando es invierno y el murmullo de las voces de la montañas cuando es verano. Él me dijo que me comprendía muy bien, porque el Moncayo era, en cierto modo, su vida y su casa.

A los más viejos del pueblo ya les había oído hablar de él. En un pueblo pequeño las historias verdaderas se confunden a menudo con la fantasía y uno se acostumbra a convivir con ellas. A veces cuesta distinguir lo que es verdadero de lo que solamente existe en la imaginación de las gentes. Y yo, hasta aquel día, no me había planteado que la existencia de aquel hombre de edad indefinida pudiese ser real.

Una vieja leyenda muy extendida en la comarca cuenta que, en una época remota, una tribu que había dejado de contar con el favor de los dioses fue expulsada del Moncayo. Aquellos hombres descendieron de la montaña, se diseminaron por su falda y tuvieron que acostumbrarse a vivir en pequeños grupos. Sus descendientes fueron condenados a soportar una vida propia de los animales salvajes, alimentándose únicamente de lo que la naturaleza les ofrecía. En nuestros días algunos pueblos de la

zona todavía alimentan la leyenda y mantienen que aún quedan herederos de aquellos antiguos habitantes de la montaña, y que estos suelen aparecer cada pocos años para dejar constancia de la venganza de los dioses.

Otros en el pueblo decían que aquel hombre era tan viejo que ya se hablaba de él en la época en que se plantaron los viñedos en la ladera de la Diezma. Cuando todos los hombres del pueblo caían agotados por el cansancio él todavía tenía fuerza para poner el pie encima de la lía, empujar fuerte para introducir los dos picos en la tierra, y volver a tirar. Los hombres hacían un trabajo de esclavos, un trabajo que ni las bestias podían soportar, tanto por el esfuerzo que había que realizar para levantar la tierra seca y las piedras como por la dificultad de trabajar continuamente en un terreno en pendiente, pero aquel hombre tenía una fuerza sobrehumana y era capaz de seguir roturando la tierra cuando todos los demás habían caído destrozados por el esfuerzo. No se sabía de dónde había venido, ni tampoco se sabía dónde vivía. Decían que hace muchos años le dio por amontonar las piedras secas que extraía de la tierra con sus propias manos, las disponía en círculo y las iba poniendo una sobre otra formando hileras que iba cerrando hacia la parte de dentro, sin usar ni siquiera mortero ni argamasa para unir las piedras. Cuentan que fue así como consiguió construir por todo el monte unas casillas muy simples, sin ventanas, con una única entrada, que le servían de hogar.

A mí me gustaba escuchar todas aquellas historias. Lo hacía con mucha curiosidad y algo de suficiencia. Parte de las historias eran cuentos que habían pasado de padres a hijos a través del tiempo, otras eran exageraciones que se adaptaban más o menos a las formas de vida de otra época, historias que contaban los mozos para alardear entre ellos o que contaban los abuelos a sus nietos en aquellas largas noches, no muy lejanas, en las que ni siquiera había luz artificial en el pueblo. Lo cierto es que siempre ha habido gente “rarita” que ha vivido más o menos aislada en los alrededores, que han abandonado los pueblos para vivir de una forma casi definitiva en una casa independiente aprovechando los recursos naturales. Por otro lado, la existencia de las casillas las conoce todo el mundo en el pueblo, pero que se sepa solamente han servido de refugio a pastores o a gente que trabajaba en el campo, y aquel hombre es imposible que hubiera vivido en la época en que había viñedos en la ladera de la Diezma, porque

aquello debió de suceder a finales del siglo XIX o principios del siglo XX, y después las vides se abandonaron.

Me olvidé por completo de aquel encuentro hasta que un par de años más tarde, cuando ya estaba estudiando en la universidad, me encontré en un libro las dos figuras que el viejo había dibujado con la punta de su bastón en la tierra del camino. Fue un fogonazo, un instante. Al pasar la página retrocedí dos años en el tiempo, volví a la curva del camino y las imágenes dibujadas en la tierra se me reprodujeron en la mente con una nitidez asombrosa. En la imagen del libro había dos figuras bovinas enfrentadas, tal y como yo recordaba el dibujo del hombre. En el texto que acompañaba a la fotografía se explicaba que eran téseras celtíberas, en concreto téseras de hospitalidad, con un tamaño algo superior a la palma de la mano. Las téseras son unas piezas de madera o de metal que pueden tener múltiples formas, aunque la más común era la de un animal como el caballo, el jabalí o el toro. Por lo general llevan escrito un mensaje, a veces con signos celtas o, si son más recientes, con inscripciones de signos latinos. Servían entre otras cosas para sellar un pacto de hospitalidad que obligaba a las dos partes, por eso las téseras solían ser dobles y con mucha frecuencia encastraban una en la otra.

En el libro se explicaba también que en la tésera de la izquierda, es decir, en la que tenía el toro mirando hacia la derecha, había una inscripción con signos celtas que significaba “hospitalidad de los habitantes de Turiaso”. La otra tésera, la que contenía el toro mirando hacia la izquierda que se complementaba con la anterior, no había aparecido nunca, aunque su existencia se suponía por la experiencia acumulada en las excavaciones arqueológicas realizadas en diversos poblados celtíberos. Su hallazgo podría ser de gran importancia, porque es posible que su inscripción, que podría dotar de sentido completo al texto de la tésera conocida, ayudara a determinar la situación de la ciudad celtíbera de Turiaso, la gran urbe desconocida de nuestra historia.

Miré el calendario. Quedaban por lo menos dos meses antes de volver al pueblo de mis padres. Dos meses cargados de exámenes finales en los que no sabía cómo podría aguantar la impaciencia. ¿Cómo era posible que aquel hombre hubiera sido capaz

de dibujar aquellas figuras? Tan solo personas muy identificadas con la arqueología podrían conocer la existencia de las dos téseras. Yo estaba casi seguro de que los signos que el anciano había dibujado con su cayado en el interior de los dibujos estaban completos y que coincidían con la inscripción de la tésera reproducida en el libro, por eso mi inquietud aumentaba con el paso de los días y me devoraban las ganas de comprobarlo.

Los dos meses se me pasaron con la cabeza puesta en el monte de la Diezma. Deseaba con todas mis fuerzas que llegase el momento de ascender por sus laderas para buscar a aquel hombre. La vuelta al pueblo suponía el reencuentro con los familiares que viven allí, con los amigos a los que solo veo de vez en cuando; pero sobre todo era acercarme a la solución de un misterio que, por otro lado, no me había atrevido a compartir con nadie. Pasé aquella primera noche de mis vacaciones casi en vela, el amanecer tardó en llegar lo indecible; cuando lo hizo preparé mi mochila, metí un poco de comida y una cantimplora con agua y no tardé en dejar atrás las primeras casas del pueblo.

La primera semana repetí la operación con la misma ansiedad cada día. En esos primeros días no vi ni rastro del hombre, y en algunos momentos empecé a pensar que todo habían sido figuraciones mías, que me había dejado embaucar por las historias que circulan por el pueblo. Hasta que un día, cuando caminaba distraído, casi sin interés, dejándome llevar hacía la cima por la inercia de los días anteriores, me encontré con él.

Corrí a su encuentro. Me di cuenta de que después de tanto tiempo recreando ese momento ni siquiera había tenido la precaución de preparar unas palabras coherentes para dirigirme a él.

—¿Quién eres? —le pregunté a bocajarro.

—Me llamo Leukon. Soy el guardián de la Diezma —contestó sin inmutarse.

—¿Quééé?

—Te estaba esperando —añadió.

—¿Cómo que me estabas esperando? ¿Qué quieres decir?

—Sígueme, contestó Leukon, con una voz tan serena y un gesto tan decidido que era imposible ignorarle.

Recorrimos juntos y en silencio la distancia que nos separaba de la cima y, al llegar a lo más alto, nos dedicamos unos minutos a contemplar el paisaje. Aquel día las tierras que se presentaban ante mi vista se me dibujaban con una belleza extraña, una belleza intrínseca que no había sabido disfrutar los días anteriores. Una bandada de aves pasó sobre nosotros dibujando una inmensa flecha en el cielo y quizás nuestra imaginación comenzó a volar con las aves. Caminamos hasta llegar a unos restos arqueológicos y entonces Leukon, que nunca había hablado en exceso, empezó a describirmelos con tal pasión que no tardé en ver levantarse ante mis ojos una antigua ciudad celtíbera.

—Aquí estaba la muralla, que se construyó con las piedras de estas tierras, las mismas piedras con las que luego se construyeron las casillas. El interior se rellenaba con cantos y piedras para darle solidez. Tenía una altura de cinco metros, y por los alrededores había varios torreones de vigilancia para completar el sistema defensivo.

Leukon me señaló el portón de entrada. Accedimos al interior de la ciudad y me dominó la sensación de que la población estaba llena de vida, de que habíamos retrocedido en la historia hasta reencontrarnos con el pasado.

—Ésta era la calle central —continuó Leukon—. Las casas eran sencillas, pero muy acogedoras, tenían una o dos habitaciones, con una puerta en la parte delantera que daba a esta calle principal. Esto hacía que todos los pobladores pudieran reunirse con facilidad para repartirse los trabajos comunitarios, que no eran pocos, como podrás entender.

Recorrí la ciudad con la sensación de estar siendo observado y me quedé de pie en el centro del poblado, mirando a Leukon y mirando las piedras de un pueblo orgulloso, imaginando unos hogares que iban a dejar de ser unas ruinas doblegadas por el paso de los siglos y unos habitantes que salían de sus casas para confiarnos sus secretos.

—¿Quién eres? —volví a preguntarle, envuelto en una nebulosa de dudas, en una vaguedad en la que se mezclaba realidad y ficción, en la que lo único que me parecía tangible era la corriente de aire que de forma permanente acaricia la cima de la Diezma.

La tierra se muere —respondió él, con una mirada franca y un rostro surcado por los arañazos del clima severo—. Se muere como se murió el poblado. Los pueblos se mueren, como los bosques y como los animales. El invierno levanta heridas, la gente abandona sus casas y las puertas ya no vuelven a abrirse. La tierra sufre, las casas derruidas, el dolor, la soledad y el silencio son las huellas de la tierra agonizante —sentenció el anciano—. Pero lo peor es el hombre, el propio hombre, que no se respeta, que no tiene respeto por la naturaleza.

Yo no me atrevía a suponer nada, era incapaz de creer lo que el viejo estaba sugiriendo. Vio mi cara de sorpresa y adivinando quizás que le iba a preguntar por la tésera que me había llevado hasta él, continuó hablando.

—No te quepa duda, el hombre rompe sus pactos igual que rompió la vieja piedra del molino que alimentaba a nuestro pueblo. El hombre rompe cada día sus pactos con la tierra, rompe cada día sus pactos con los demás hombres...

Leukon dejó estas palabras en el aire antes de iniciar un prolongado silencio. Me sentía observado. Al girarme vi la silueta del Moncayo más definida que otras veces, la silueta de un centinela en el horizonte que conoce todos tus movimientos.

—Un día Lug nos expulsó de la montaña. Desde entonces hemos vivido sin su protección.

—¿Quién es Lug? —dije.

—Lug, el Dios que habita el Moncayo. El Dios de todas las cosas.

—¿Pero, entonces...? —Contesté perplejo... Las historias que se cuentan en el pueblo, las leyendas...

—En parte son verdad, en parte las leyendas solo existen en la imaginación de los hombres.

Empezamos a caminar de vuelta al pueblo. Yo me sentía rodeado por años de historia. Veía a mí alrededor a los cazadores celtíberos disparando sus flechas, a los campesinos trabajando la tierra y haciendo funcionar el molino, a los artesanos trabajando el metal, fabricando espadas y otros utensilios. Al llegar a la curva del camino en la que le vi por primera vez me dijo que era el momento de despedirnos.

—Mañana volveré, —le dije.

Él, sin dejar de mirarme con sus ojos transparentes, extendió el brazo para entregarme una cajita envuelta en un papel de estraza, duro como el clima de nuestra tierra y pardo como ella.

—Es para ti. Ábrela cuando llegues a casa.

—Descendí con lentitud por el camino que conduce al pueblo. Quería apurar cada una de las palabras que había intercambiado con Leukon, cada instante que había compartido con él. Al llegar a casa me encerré en mi habitación y abrí con cuidado la cajita que el viejo me había entregado. La abrí y saqué de su interior una pieza de bronce con la figura de un toro mirando hacia la izquierda, la tésera que se complementaba con la que yo vi en mi libro de historia.

No he vuelto a verle. Desde aquel día en que me despedí de él he subido muchas veces a la Diezma y no he vuelto a verle. Me doy un paseo por la vieja ciudad celtíbera y no dejo de mirar al Moncayo pensando que Leukon está allí, en su casa, en la montaña que es su vida, como él me dijo una vez. La tésera se convirtió en una gran responsabilidad para mí. Desde aquel verano no he dejado de contemplarla ni una sola noche intentando descifrar su mensaje, intentando descubrir que pretendía Leukon de mí. A pesar de mi encuentro con él no perdí mi descreimiento: No creo que la tésera sea la llave de una ciudad secreta, no creo que exista en los alrededores del Moncayo una ciudad enterrada que en la antigüedad hubiera sido una gran urbe, ni mucho menos que esa ciudad esté habitada hoy en día por pobladores que no podemos ver el resto de los humanos, pero sí es cierto que he dejado de creer en los hombres. No sé si habrá sido el paso de los años, la vejez que me ha teñido el pelo de blanco o la muerte de algunos pueblos abandonados, pero he dejado de creer en los hombres, que cada día rompen sus pactos con los demás hombres, rompen sus pactos con la tierra igual que rompieron la

vieja piedra del molino que alimentaba al pueblo en el que nació Leukon, el anciano guardián de la Diezma.